

plo; pero se reía de ella, la utilizaba en cuanto le era conveniente, y se resignaba gustosa á lo demás. La verdad es que la marquesa, en medio de tantos cuidados, no estaba á gusto en ninguna parte, ni dormía tranquila una sola noche.

La en que llegó Ramón á Madrid fué de las más borrascosas, alcanzándole al marqués no pequeña parte de la borrasca, empujado por la cual fué á dar el apreciable matrimonio al primer piso la mañana siguiente, en el momento mismo en que se disponían á salir Carlos y Ramón, y sin dejar á éste concluir la comenzada frase la estrepitosa locuacidad de la marquesa, que tomó el salón como terreno conquistado.

Hago gracia al lector de aquella granizada de palabras y de otras muchas que fueron su consecuencia; de la cara de vinagre que puso la marquesa cuando supo que un hombre tan *ganso* como Ramón podía ser cuñado de Isabel, y del pasmo que se apoderó de Ramón al presenciar aquella invasión inesperada.

—¿Y á qué debemos el gusto de ver á ustedes tan temprano honrando esta casa?—preguntó Carlos socarronamente cuando más tarde le fué posible hacerse oír.

—Acontecimiento, ¿eh?—respondió el marqués entre burlón y quemado.—¡Les digo á ustedes que ni lo de Waterlóo!...

—Tan oportuno como siempre—observó la marquesa mirando á su marido con gesto del más soberano desdén.—Para este hombre—continuó,—no hay más asuntos importantes que los suyos.

—Egoísmo de sexo,—dijo Isabel.

—O falta de seso,—murmuró Ramón hacia su hermano.

—Pero, en fin, ¿de qué se trata?—volvió á preguntar Carlos,—porque la verdad es que ya se halla vivamente excitada mi curiosidad.

—Señores—respondió la marquesa, tomando cierta actitud parlamentaria.—Se trata de un asunto que, á ser exclusivamente mío, puedo asegurar á ustedes que no me hubiera sacado de casa un minuto antes de lo acostumbrado; pero como entraña intereses de la asociación...

—¡Oiga!—exclamó Ramón muy serio.

—¿Conque de la asociación nada menos?—dijo Carlos.

—De la asociación,—le repitió el marqués en tono campanudo, atreviéndose á hinchar los carrillos como si tratara de comerse una carcajada.

—De la asociación, sí, señor—recalcó la marquesa mirando á su marido con ojos de basilisco.—Y ahora, juzguen ustedes—añadió dulcificando la voz y la mirada,—y vean cómo, si bien la patria no peligra por la importancia

del suceso, vale éste lo necesario para justificar mi presencia aquí á estas horas.

Dióse la marquesa unos golpecitos sobre los labios con su leve pañuelo de batista, y continuó así:

—So pretexto de hallarse enferma y de ser huérfana, una joven de veinte años solicitó nuestro amparo. Tocóme por riguroso turno el despacho de la solicitud; pasé á casa de la solicitante; aprecié sus necesidades; propuse á la Junta los socorros que juzgué necesarios; se aceptó la proposición, y la huérfana los percibió puntualmente por espacio de tres meses. Hace quince días se nos manifestó, por persona competente, que la socorrida compartía la pensión con un amante, de la peor especie. Llamósele; negó los hechos; se instruyó la sumaria en toda regla; resultaron muchos indicios vehementes y no pocas circunstancias agravantes; informó al tenor de ello la fiscal, y la presidenta decretó para hoy la vista del proceso en la sala de audiencias, con toda la solemnidad de reglamento. Ahora bien, yo defendiendo á la acusada, y al efecto tengo señalada la palabra para esta tarde á la una; mas como la tramitación ha caminado tan de prisa y no he podido estudiar el asunto á mi placer, voy ahora mismo á la secretaría á dar un repaso al expediente. Conque ¿se van ustedes enterando?

Ramón quedó, no sólo enterado, sino atónito: los demás personajes de la escena, que ya tenían bien conocida á la relatora, la dedicaron un «bravo» de los más estrepitosos.

—Ahora—añadió ésta,—díganme ustedes si el asunto vale bien la pena. Se trata de una denuncia que puede privar á una desvalida de un socorro necesario, ó ser causa de que se aplique á otra persona más digna de él; no veo, pues, por qué no se han de depurar los hechos hasta que resulte clara y palpable la verdad.

—La prueba plena,—dijo Carlos.

—Justamente. Y de todas maneras, por trivial que sea mi ocupación de hoy, nunca lo sería tanto como la de mi marido. ¿Saben ustedes qué es lo que le saca de casa tan temprano y no le ha dejado conciliar el sueño en toda la noche? Pues la colosal empresa de probar un tronco.

—Poco á poco—dijo el marqués con mucha formalidad.—No negaré que un asunto semejante, en absoluto, no es para desvelar á nadie; pero conviene saber que cuando este nadie soy yo y el tronco es para mis carruajes, el asunto tiene más de tres bemoles. ¿Hoy es viernes? Pues bueno: desde el último lunes llevo probados, comprados, vendidos ó cambiados, tres pares de caballos.

—Y ¿por qué esos caprichos?—preguntó Carlos.

—Que se lo diga á usted mi mujer.

—No le hagan ustedes caso—se apresuró á replicar la marquesa.—La verdad es que si él tuviera mejor gusto para comprar...

—Si hubiera más fijeza en los tuyos...—repuso el marqués un poco sulfurado.—Pero en saliendo á la Castellana dos veces con un mismo tronco, ya te aburras de él... digo, te obligan á que te aburras; y esto es lo que á mí me carga.

—¡Cómo es eso!—exclamó Isabel fingiéndose admirada.

—Muy sencillamente—respondió el marqués.—El amiguito de casa, el consabido títere á la moda, el indispensable vizconde del Cierzo, que helado le sople á él; este mequetrefe, digo, que, como ustedes saben, sale con nosotros muy á menudo, tiene la peregrina costumbre de desacreditar mis caballos. Si son alazanes, porque no son negros; si negros, porque no son alazanes; si andaluces, porque no son ingleses; si ingleses, porque no son andaluces... y así hasta el infinito. Pues bien: mi mujer, que en materia de gustos es tornadiza como una veta, apenas oye al vizconde la emprende conmigo... y adivinen ustedes el resto.

—¡Qué exagerador!—exclamó la marquesa con voz ronca y como tratando de romper el pañuelo entre sus dedos crispados, fingiendo

una indignación que estaba muy lejos de sentir.

—Por lo cual—continuó su marido sin hacerla caso,—he resuelto comprar enteramente al gusto del señor vizconde; y por eso, después de haberme comprometido ayer tarde á cambiar dos caballos que compré anteayer, le he citado á mi casa para hoy á fin de que vayamos juntos á la prueba esta misma mañana; pero, como de costumbre, ha faltado á la cita. Mi mujer tenía prisa; el chalán está avisado para dentro de un cuarto de hora, y temiendo que otro me lleve la pareja si no acudo á comprometerla á la hora convenida, dejé en casa recado al vizconde para que vaya á reunirse conmigo... y aquí me tienen ustedes en marcha. Conque, con franqueza, ¿es empresa de tres al cuarto la que voy á acometer? ¿Está bien justificada mi desazón de anoche?

La marquesa continuaba exagerando su indignación al oír á su marido; Carlos é Isabel se miraban, y Ramón, no pudiendo soportar la calidad de aquellos dos, para él extraños caracteres, excitaba por lo bajo á su hermano á salir cuanto antes á dar el proyectado paseo.

Complacióle Carlos y despidiéronse ambos sin grandes cumplimientos, acompañándolos el marqués y quedándose la marquesa todavía al lado de Isabel «unos instantes» que robaba de buena gana á su defendida, para dedicarlos «al

amor entrañable que consagraba á su amiga.»

Solas las dos, exclamó la marquesa con grandes aspavientos:

—¿Pero has visto qué marido, Isabel?

—¿El tuyo?

—Me da fatiga su estupidez.

—No sé por qué.

—¡No le oiste?

—¿Lo del vizconde?

—¿Y te parece poco?

—Ríete de ello.

—Sí, cuando pasa entre nosotros; pero ese majadero lo mismo lo cuenta en la Puerta del Sol, ó en pleno Casino.

—¿Y qué?

—La maledicencia cunde.

—Teniendo la conciencia tranquila como tú la tienes...

—¡Oh, lo que es eso!... Pero ocurre casualmente que ese hombre ha dado en asediarme con la más pegajosa galantería, y hasta parece que hace ostentación de ello...

—No importa: la virtud siempre triunfa.

—Vamos, Isabel, que si á tí te sucediera... Y á propósito—añadió con el tono de la mayor inocencia,—también á tí te distingue con no escasas atenciones.

—Distinciones bien poco placenteras, por cierto,—repuso Isabel ingenuamente.

—¿De veras?—dijo su interlocutora sonriendo maliciosamente.

—¿Y puedes tú creer otra cosa?—respondió Isabel de un modo que impuso á la marquesa.

—Pues anoche no lo creería nadie al veros,—se atrevió ésta á insistir.

—Mucho nos mirabas.

—Soy curiosa, ya lo sabes.

—Ó aprensiva.

—¡Isabel!...

—Repara, amiga mía, que no te llamé celosa; y mal pudiera llamártelo, cuando, según tu propia confesión, las atenciones del vizconde, lejos de agradarte, te molestan.

—Y te lo repito.

—Pues entonces...

—No es una razón el que á mí me desagraden sus obsequios, para que á tí...

—Muchas gracias, marquesa.

—¿Por qué me las das?

—Por el favor que me dispensas haciéndome capaz de aceptar lo que á tí te repugna.

—Cuestión de gustos, Isabel, que no afrenta á nadie.

—¿Me permites que te llame inocente?

—No me atrevo yo á llamarte otro tanto.

—Pues haces mal; y me lo llamarías con mucho derecho si supieras qué me preocupaba anoche cuando tú creías que me estaba absor-

10487

biendo el seso la galante travesura del vizconde.

—¿De veras?

—Palabra de honor...

—Si no temiera ser indiscreta...

—Si tú me prometieras no reírte de mí...

—Te prometo estar más seria que un doctor en estrados.

—Pues bien: me preocupaba la de Roca-verde.

—¡Esa te preocupaba!

—Precisamente ella, no.

—¿Sus públicos alardes con el banquero?

—Tampoco.

—¿Con el general?...

—Eh, hija, todo lo conviertes en sustancia. Nada de eso.

—Pues entonces no atino...

—El vestido que llevaba.

—No era una cosa del otro jueves, á no ser la novedad de su dibujo.

—Pero le había traído la modista para mí.

—Pues la culpa fué entonces de la modista.

—Á quien ella engañó con indignos embustes.

—¿Y eso es todo?

—Lo de anoche sí; pero antes me había ocurrido otro tanto con un aderezo, y antes con un

carruaje, y antes con una porción de cosas más que no necesito decirte.

—Como tú estás de moda y ella es muy vana... Porque de otra manera no comprendo esa pugna, de que debes reírte.

—Me reí la primera vez, y la segunda... y aun la tercera; pero en fuerza de hallarme á esa mujer atravesada delante de mis deseos, y de verme contrariada á cada instante por tan ridícula manía, ha llegado á causarme el efecto irritante de una mosca impertinente.

—Pues tienes contra ella un remedio eficazísimo.

—¿Cuál?

—Sus escasas rentas. No tardará en rendirse por hambre.

—Sí, pero entre tanto, me martiriza... y me martiriza, porque yo soy la primera en conocer todo lo pequeño y pueril del asunto... ¡No sabes cuánto daría por tener noticia de un deseo suyo para contrariársele, especialmente antes de su reunión de esta noche!

—¿Estás invitada á ella?

—«La primera,» según me afirmé.

—Te vendré á buscar entonces.

—¿Luego vas tú también?

—Yo soy la segunda invitada, puesto que tú eres la primera. Á mí no me disputa los vestidos, porque no estoy de moda como tú; pero en

cambio cree que me lastiman mucho sus intimidades con el vizconde, y procura que las presencie con la frecuencia posible.

—De manera que el tal vizconde es universal...

—Está de moda también... Pero ¡Dios mío! —exclamó de repente la marquesa cambiando de tono y poniéndose de pie.—Mi pobre defendida está perjudicándose con mi conversación.

Y tendió sus manos y presentó ambas mejillas á Isabel.

—Quedo haciendo votos por el mejor éxito de tu noble empresa,—dijo ésta dándola un beso en cada carrillo y recibiendo otros dos simultáneos.

Y con esto y los apretones de manos y los adioses de ordenanza, salió la marquesa de la sala y quedóse en ella Isabel un poco pensativa.

Habíale enconado mucho sus resentimientos con la de Rocaverde el recuerdo de ésta evocado con su amiga, y se daba á cavilar con más empeño sobre un plan de *venganza* tan pronta como ejemplar.

Esto por una parte. Por otra, la sospecha de sus intimidades con el vizconde, manifestada por la condesa, no dejaba de escocerla un poco el ánimo. Verdad era que su conciencia estaba tranquila; verdad también que á la marquesa la

hacía hablar un despecho de mal género, y verdad, por último, que la tal marquesa no tenía un adarme de sentido común; pero ¿no podía haber nacido aquella misma aprensión en otras personas más discretas? Y ¿á qué fin había de sospechar nadie de ella, que era honrada y leal á sus deberes?

La verdad es que Isabel permaneció largo rato sumida, aunque no muy profundamente, en esas meditaciones, y que sólo salió de ellas cuando un fámulo llegó anunciándole la visita del vizconde del Cierzo.

—¡Que no estoy visible!—exclamó con ira, encaminándose rápida á su gabinete.

Pero no tuvo tiempo de llegar á él. Acababa de entrar y se hallaba delante de ella, planchado, perfumado, pulido, rizado, intachable de elegancia y apostura, el anunciado personaje.

III.

Antes de pasar más adelante, van á saber ustedes quién es ese dichoso vizconde tan traído y tan llevado.

Tenía apenas veinticinco años cuando murió su padre, dejándole una renta de cincuenta mil duros. Era hermoso, cuanto puede serlo el maniquí de un sastre parisiense, y había recibido la más acabada educación en los mejores

picaderos, garitos y otros puntos *culminantes* de Madrid: en todas partes, menos en la universidad.

Así, pues, conocía en literatura el género *flamenco*, y en historia el *reinado* de don Juan Segundo, el famoso picador de caballos.

Por ende, tuteaba á Cúchares, se hombreaba con Leotard, y conocía á los *artistas* del hipódromo con todos sus pelos y señales.

Aunque de la pata del Cid, don Francisco Pérez de Vargas, Guzmán, Machuca, Moncada, etc., etc., y por contera vizconde del Cierzo, en la necesidad de elevarse á la región social que sus instintos apetecían, desprendióse de buen grado, como de otros tantos estorbos, de sus apellidos linajudos, y quedóse Francisco Pérez á secas. Pero, en su afán de popularidad, parecióle esto todavía poco gráfico. Faltábale al nombre cierto aderezo indispensable á un personaje de su posición y de sus aficiones. Felizmente, un banderillero resolvió la dificultad, llamándole una noche, en el Suizo, *Frasco Pérez*. Desde aquel instante quedó aceptado el nombre como mote de guerra, y comenzó á volar su fama por todos los rincones de Madrid y un poco más afuera.

Su prurito era la originalidad, y ésta la ostentaba, en calles y paseos, en sus trajes, en sus trenes, y hasta en el dije más insignificante

que llevara sobre su persona. Los sastres se le disputaban para vestirle, los zapateros para calzarle y las fábricas de coches para construirse los ajustados á su fantasía. Impuesto de este modo su gusto á los *artistas*, quienes de éstos se valían, por necesidad, no tuvieron más remedio que pagar algún tributo á las originalidades de Frasco Pérez.

Alardeaba de rumboso, y lo era; y para correr la fama de sus proezas de este género, contaba con un estado mayor de admiradores que, por afecto á su persona, y no por lo que se les pegaba, comían con él, asistían á su palco en los teatros, montaban sus caballos, paseaban en sus carruajes, y hasta se ponían sus abrigos.

Contábanse de él mil originalidades. Ya, que daba la puntilla á los caballos, ó que pegaba fuego á los carruajes que había regalado á sus queridas desechadas; ya, que hacía forrar de terciopelo y oro las paredes de la cuadra de su jaca favorita; ya, que regalaba una fortuna en pedrería á una bailarina en la noche de su beneficio; ya, que enviaba á planchar las camisolas en París, después de haberlas lavado en Andalucía... En fin, todo se contaba de él menos que hubiese dado jamás unos calzones viejos á un pobre. Eran, pues, sus gastos reproductivos, si no en dinero, en fama, que era lo que él

buscaba; ambición tan legítima como cualquiera otra.

Pero esta fama no paraba en Madrid. Cándidos forasteros seguían de lejos la marcha triunfal de Frasco Pérez, y al tornar á sus hogares se creían muy honrados si llevaban una levita que se diera un aire á las que gastaba el famoso madrileño. Y de él le hablaban á usted en todas partes, y referían sus hazañas más ruidosas, y, aumentando el entusiasmo con la distancia, casi le ponían en la categoría de los grandes hombres de la época. De este modo, Frasco Pérez era tan popular en las capitales de provincia como en la de España; hasta el punto de que, provincianos que llegaban primerizos á Madrid, preguntaban dónde podrían conocer á Frasco Pérez, antes que por posada en que albergarse.

Cuando ya nada le quedó que ambicionar en punto á *gloria*, y cuando su caudal había sufrido no pequeña merma, acordóse de que existía otro campo en que espigar, en el cual podrían darle fácil entrada la fama de sus prodigalidades y su olvidado título nobiliario.

Así fué que, sin largas meditaciones, dejó la elegancia cursi con que tanto había brillado, los gabanes á media nalga, los tacones hiperbólicos, las corbatas de fantasía, los carruajes vaporosos, los lacayos macarenos, etc., etc., y

se dió al boato serio: al saco de anchos vuelos, al severo frac, á la nívea corbata, al cochero asturiano de maciza pantorrilla, y á la grave carretela; olvidó las bailarinas por las marquesas, y se introdujo resueltamente en los salones del gran mundo, que se creyeron muy honrados al dar albergue á aquella oveja descarriada hasta entonces entre las escabrosidades y malezas de la vida airada.

Comenzaba á favorecerle también la fortuna en sus nuevas empresas, cuando se encontró con Isabel, y no tardó en conocer la diferencia que había entre este carácter y los que hasta entonces había tratado en la «buena sociedad.» Parecióle su conquista, ya que no imposible, muy difícil, y trató de acometerla con los recursos de la estrategia más acreditada. Al efecto, estudió el terreno y estableció su principal batería en el de la marquesa del Azulejo, de facilísimo acceso, desde donde podía hostilizar á su gusto el objeto de sus afanes. Así se explica su familiaridad con Isabel, familiaridad que tanto había chocado á Ramón. Era el íntimo amigo y acompañante de la marquesa, y ésta no se separaba jamás de Isabel. Conocía perfectamente las horas á que estaban en casa y fuera de ella los distintos individuos de ambas familias, y sabía sacar gran partido de esta circunstancia.

Dígalo si no su falta de asistencia á la cita que le dió el marqués, según acabamos de oír á éste. Lejos de acudir á ella, observó desde sitio conveniente la salida de las personas que hemos visto despedirse de Isabel; subió á casa de la marquesa cuando estaba seguro de no hallarla en ella; bajó á la de su amiga, donde se coló como hemos dicho, y fingiendo sorprenderse mucho al encontrarla sola.

—Mil perdones—dijo:—me acaban de asegurar arriba que hallaría aquí al marqués, y me he permitido...

—El marqués—respondió Isabel con la mayor sequedad,—ha salido ya de aquí y le espera á usted.

—Efectivamente—repuso el vizconde, deseando entrar en conversación:—el marqués me necesitaba hoy...

—Como de costumbre.

—¡Tan temprano y tan satírica!

—No hay tal: él mismo acaba de confesármelo. Parece que le es usted indispensable, sobre todo en la elección de caballos para los carruajes de la marquesa.

—Cierto es que ha dado en el capricho de comprar ciertas cosas á mi gusto; y, consecuentemente en ese propósito, me citó para esta mañana, en su casa, á las diez y media; pero he venido algo más tarde y me he encontrado sin él.

—¡Contrariedad lamentable!

—No para mí, pues me proporciona el placer de ver á usted una vez más.

—Es usted incorregible.

—Y usted implacable.

—Soy buena amiga de usted, y quiero ahorrarle un trabajo inútil.

—Es usted muy compasiva—replicó con despecho el apasionado joven.—Lástima que no pueda yo corresponder con toda mi gratitud...

—¿Por qué no?

—Porque no es la compasión la recompensa que merece la pasión que usted me inspira.

—Vuelve usted á olvidar que habla conmigo,—dijo Isabel con glacial desdén.

—Y ¿qué haría yo—exclamó el vizconde con creciente entusiasmo,—para demostrar á usted todo lo grande, todo lo profundo del afecto que la consagro?

—Ocultarle donde yo no le vea.

—¿Le teme usted acaso?

Isabel miró al títere con la sonrisa más despreciativa.

—No, me repugna,—contestó en seguida.

—¡Virtud sublime!—exclamó con cierto tono de ironía.

—Mujer honrada, y nada más,—contestó Isabel con firme acento.

—¡Oh, yo te humillaré!—se atrevió á pensar el mentecato.

—Me permitirá usted recordarle—añadió Isabel cambiando de tono y dando un paso hacia la puerta de su gabinete,—que le espera el marqués.

—En efecto—respondió el vizconde rebotando de despecho:—lo había olvidado ya... Así, pues... hasta la noche,—continuó sin moverse del sitio en que se hallaba.

—¡Cómo!

—Porque supongo que no faltará usted á la reunión de la Rocaverde.

—Es probable, en efecto, que asista á ella.

—Tengo noticias—continuó el impávido en su afán de prolongar la visita,—de que se hacen esfuerzos heróicos para que la fiesta exceda en brillo á cuantas la han precedido y puedan sucederla.

—Recursos no faltan á esa señora si quiere utilizarlos,—dijo Isabel por decir algo.

—Sin embargo—replicó el otro, deseando dar interés á la conversación,—de los que destina á su propia persona, puede faltarle uno.

—¿Pues cómo?

—Anda por medio cierto aderezo...

—¿Eh?—interrumpió Isabel picada de su demonio tentador.

—Un aderezo—continuó el vizconde más animado.—Un aderezo que...

Y se detuvo de repente, como si temiera decir algo más de lo que convenía.

Pero esta reserva excitó más la curiosidad de Isabel, que había comenzado á acariciar una esperanza.

—Veo—dijo con intención de obligar más al vizconde,—que ese aderezo encierra algún misterio, y me arrepiento de haber intentado descubrirle.

—¡Qué diablo!—exclamó el vizconde como si venciera un escrúpulo.—¿Por qué no lo ha de saber usted? Se trata de un aderezo que vale algo más de lo conveniente para esa señora.

—¿Tan económica se ha vuelto?—preguntó Isabel con aire de la más inocente sencillez.

—Ó tan necesitada. Vale la joya dos mil duros.

—¿Y cuánto da por ella?

—Treinta mil reales.

—¡Diferencia harto mezquina!

—Sin embargo, se disputa hace un mes.

—No lo comprendo.

—El joyero no vende más que al contado á ciertos parroquianos.

—¿Y qué?

—Que la Rocaverde, por más que expri-

me y combina, nunca saca más que treinta mil reales.

—Pero tendrá crédito.

—Hasta cierto punto,—dijo con sonrisa burlesca el vizconde.

—¿Y tanto empeño muestra por la joya esa señora?

—Júzguelo usted: ha cometido la ligereza de enseñársela en el escaparate á algunas de sus amigas, como cosa ya de su pertenencia y comprada exclusivamente para estrenarla esta noche.

Isabel no podía ocultar su gozo porque la fortuna se mostraba con ella más que propicia. Se le venía á la mano la ocasión más oportuna que podía desear para satisfacer su mayor anhelo.

—¿De manera—insistió con ansiedad,—que todavía no es suyo ese aderezo?

—Ni mucho menos,—respondió el vizconde sin acabar de comprender el interés que Isabel iba mostrando en el asunto.

—¿Y cree usted que llegará á serlo?—volvió á preguntar.

—Si yo no quiero, no.

—¿Cómo así!—dijo Isabel visiblemente disgustada con tal respuesta.

—Muy sencillo—replicó el vizconde perfectamente en su terreno ya.—He presenciado alguna de las infinitas luchas que han tenido el

joyero (que precisamente es el de usted) y la compradora; y como conozco la dificultad material en que ésta se halla de vencer el obstáculo y la debo no pocas atenciones, he querido proporcionarla hoy un buen rato. Al efecto, he dicho al joyero: «envíe usted el aderezo á esa señora, diciéndola que acepta su oferta; y yo le respondo á usted de la diferencia, y aun del valor total si es necesario.» De manera que á la hora presente esa joya es mía más que de la Rocaverde.

—¿Aunque yo se la pida al joyero?

—Aunque usted se la pida; porque precisamente para prevenirme contra toda eventualidad, le dije que puesto que el aderezo quedaba por mi cuenta, no dispusiera de él sin mi permiso verbal ó escrito.

Isabel se quedó pensativa, sin poder disimular el disgusto que esta contrariedad le causaba. El vizconde, por el contrario, veía en el afán de aquélla algo que le ofrecía una ocasión de serla necesario, y lo tomó en cuenta.

—Hablemos claros, Isabel—dijo sin preámbulos.—¿Usted desea adquirir ese aderezo?

—Sí—respondió Isabel sin escuchar más que á su capricho,—y á todo trance.

—Pues de usted será.

—¿Cómo?

—Haciendo que se le entreguen á usted.

- ¿Y qué dirá esa señora?
 —Ya inventaremos una disculpilla.
 —Entonces envió por él...
 —¿Olvida usted que es indispensable que yo mismo dé la orden?

Isabel no pudo disimular un gesto de desagrado.

—¿Y por qué ese reparo?—dijo el vizconde tratando de vencerle para el mejor éxito del plan que se proponía.—Yo tengo que pasar ahora por la joyería necesariamente. Nada más sencillo que decirle al joyero que envíe el aderezo á su casa de usted en lugar de enviarle á la de esa otra señora. Él se alegrará mucho del cambio... y á mí me saldrá más barato el servicio, —añadió sonriendo maliciosamente el galante personaje.

Isabel vió cumplido su afán de tanto tiempo y no reflexionó más.

—Pues bien—dijo resuelta;—acepto ese favor, y prometo en pago de él explicar á usted esta noche la causa de este capricho.

—Y yo voy á dar el recado inmediatamente.

—Hasta la noche... y gracias,—dijo Isabel con amable sonrisa.

—Iré á recogerlas,—respondió el vizconde despidiéndose y saboreando el placer que sentía al considerar el arma que en sus manos colocaba Isabel.

—He aquí—pensaba ésta entre tanto,—cómo hasta del hombre más molesto y antipático puede sacarse un gran partido... ¡Oh! ¡no digo dos mil duros, diez años de mi vida me hubieran parecido hoy poco para comprar una ocasión como la que se me presenta de humillar la tonta vanidad de esa mujer!

IV.

Una hora más tarde, y vueltos ya de paseo Carlos y Ramón, éste bostezaba aburrido y solo en el salón que ya conocemos, mientras su hermano despachaba un asunto urgente, de los mil que le ocurrían á cada instante, desde que había dado á sus negocios una extensión tan extraordinaria. De pronto apareció un criado, llevando un grande y vistoso estuche sobre una bandeja de plata.

—¿Adónde vas con eso?—preguntó maquinalmente Ramón.

—Acaban de traerlo para la señorita,—respondió el fámulo.

Ramón, que, como buen aldeano, era curioso, detuvo á éste, cogió el estuche, miróle por todas partes, le abrió al cabo, y entonces los rayos de un verdadero pedregal de diamantes le hirieron la vista.